

Literatura y periodismo, el tema-problema

Eduardo MARTÍNEZ-RICO

IE University

A mi padre

La literatura me parece fundamental para explicar la prensa de gran calidad que aparece a ráfagas en nuestros periódicos. El periodista que además es escritor, con toda su formación detrás –tan desinteresada, como suele ser la de los escritores-, enriquece con su cultura y su mirada cualquier género periodístico. Es verdad que tiene que contenerse, porque no se puede escribir en un periódico como en un libro, pero lo enriquece de forma extraordinaria. Yo diría que se puede escribir de forma periodística en un libro más que al revés, y Truman Capote lo demostró.

Cuando un escritor escribe en prensa y lo sabe hacer, el periódico brilla. Muchas entrevistas son textos literarios simplemente porque el que las hace es un escritor que hace preguntas más profundas y sabe transcribir mejor las palabras, algo no muy difícil, pero tampoco fácil. Esto parece un detalle sin importancia, pero cuando uno ha transcrito muchas entrevistas, cuando ha leído muchas otras, y, más todavía, cuando ha corregido entrevistas de alumnos, se da cuenta de que la entrevista es un género literario, y que hay que escribirlo bien. Hay que hallar el buen punto medio entre la oralidad y la palabra escrita, ser fiel al personaje pero también al lector, que debe leer la entrevista con facilidad y placer.

Hay un trasvase entre la literatura y el periodismo. Muchas veces la única diferencia que hay es la limitación de espacio, el recuadro en el que debe entrar el artículo. Valle-Inclán, cuando le pedían una colaboración periodística entregaba un fragmento de lo que estaba escribiendo, una novela o una obra de teatro, un cuento, etc.

Esto del espacio, que puede parecer, nunca mejor dicho, una limitación, a veces es una ayuda, porque el escritor, o “periodista literario”, debe concentrar lo que quiere decir, y debe podar sus palabras. Un texto podado gana siempre, bien podado. Yo escribo mis columnas pasándome de palabras, casi siempre, de un tirón, y luego quito de aquí y allá hasta llegar a las soñadas 600, que son el círculo de la columna, de la mía.

Una columna, que puede tratar de todo y de nada, es puro nervio literario. Una buena columna. La limitación de espacio debe llevar a que no sobre ni falte nada; más bien que no sobre nada, porque faltar tiene que faltar por necesidad: la columna, como se ha dicho, es un “vuelo sin motor”, un paseo por encima de los temas, pero con la autenticidad, deseable, del que escribe, su punto de vista inalienable. Los lectores agradecen leer a un ser humano, a una persona; por eso una máquina nunca escribirá columnas, y aunque las escriba, técnicamente perfectas, nunca llegará a la perfección,

a la gracia de los grandes maestros, que eran *máquinas*, sí, porque habían pulido su técnica hasta el límite, pero cuyas características humanas, un cóctel explosivo de virtudes y defectos, vivencias, tragedias, conocimientos, experiencias... eran irrepetibles. Cada uno carga con las suyas; somos nosotros.

El qué y el cómo

El qué y el cómo: es la primera distinción para estudiar la literatura, y partimos de que el periodismo puede serlo. En el columnismo pesa más el cómo, como si lo que contáramos no tuviera importancia, sólo depende, vuelvo a repetirlo, de la gracia del columnista. Pero yo pienso que la forma, la técnica del columnista está íntimamente ligada a su personalidad, a su forma de ver el mundo. Un buen columnista, si se lo propone, puede hacer un artículo de lo que quiera. Sólo tiene que adaptar su lenguaje, su técnica y su temperamento, al tema, y en eso consiste en gran parte su arte. De hecho, los dos mejores articulistas del siglo XX, en mi opinión, Ruano y Umbral, se caracterizan por su estilo literario, su exigencia literaria, no por lo que dicen o por su pensamiento. Y aportan su mirada, el tono de sus palabras, su forma de ver la vida, el país, la Historia, la literatura, la cultura.

Al lector le interesa hacer un viaje rápido por las letras de un recuadro de periódico, la columna. En mi opinión, lo que más le gusta al lector común es pasar páginas, en un libro, sentir que está aprovechando el tiempo, divirtiéndose y aprendiendo, algo mucho más difícil de lo que parece. Y en el caso de la columna, quiere leerla de un tirón; sentir que le han descubierto un mundo en una página, sentirse amigo, cómplice del columnista. No se puede leer con esfuerzo una columna; para mí ese artículo ha fracasado. Y la gente, en el periódico, tiene muy poca paciencia, y poco tiempo. Hay que ponérselo fácil. Una columna es un pequeño show, un espectáculo, quizá un *streeptease*.

He citado a Ruano y a Umbral. Hay un tercer gran escritor de periódicos, más complejo, Eugenio d'Ors, que sí sobresalía por sus ideas, aunque su prosa siempre era suelta. Encontró en el periódico una cátedra en la que divertirse con las ideas, con la cultura. En la que divertirse y divertir al lector, aparte de enseñarlo. El lector, ya sea en el periódico o en los libros, insisto, quiere aprender. Aprender, informarse, divertirse, ésas son las tres patas de lo que busca el lector en lo que lee.

Yo creo que busca sobre todo divertirse, y cuando nos encontramos un artículo o un libro muy interesante, y lo leemos, nos estamos divirtiendo mucho. Muchos dicen que la mejor manera de aprender es divertirse. El periódico debe ofrecer siempre "información", en el sentido más amplio de la palabra, que *interese* al lector, y darla de la forma más accesible y amena. En un periódico no buscamos calidad literaria, en principio, salvo en los columnistas, y no a todos, pero cuando nos encontramos todo el festín preparado: buena información, insisto, en el sentido más amplio de la palabra –puede ser un artículo eruditísimo, pero *ameno*, sobre dinosaurios-, entonces el banquete es total.

El periódico como una película

Un periódico, o un libro, es como una película. La mayor parte del público va a olvidarse de sus problemas, a pasarlo bien, y si encima la película es de alta calidad mejor. Yo no creo que el lector de periódico, en su mayor parte, lea el periódico para saber más, para ser más culto, o para seguir como si le fuera la vida la actualidad. Lee el periódico como el que va al cine.

Yo no lo leo así, pero creo que la mayor parte de la gente sí. Yo leo el periódico como obligación, como disciplina, porque leyéndolo me siento más en el mundo, es decir, más en el presente, en mi sociedad, en mi mundo. Y lo leo porque entra dentro de mi profesión, muy importante.

La prensa es más asequible al público que los libros. Está muy troceada y, supuestamente, escrita con más claridad. Es mucho más fácil leer un artículo que la página de un libro. En España siempre se han leído mucho más los periódicos que los libros. ¿El español, un lector práctico? Yo creo que el periódico es una lectura mucho más práctica que la del libro, más inmediata. Un hombre que está al tanto de la prensa puede participar en muchas conversaciones sociales, y eso es muy importante para la gente. Además, es comprensible; los negocios, incluso los amores, pasan siempre por la conversación, y hay que saber sobre lo que está sucediendo en el país, ya sea el deporte, ya la política, ya la cultura. El columnista, por ejemplo, actúa de catalizador de todo esto. Un buen columnista sigue y conoce la actualidad, pero la trasciende en literatura en su columna.

Aparte de todo esto, hay un tipo de lectores que saben que la información periodística y sus análisis favorecen sus negocios y su forma de dirigirlos. Ésta es la forma más práctica de leer los periódicos y, seguramente, la más completa. Implica un lector y un ciudadano *consciente* de su papel en la sociedad, un lector, además, interesado y práctico.

La columna y el resto del periódico

Una vez el decano de mi Facultad, IE School of Communication, Samuel Martín-Barbero, me preguntó en una entrevista para un vídeo de IE University: “¿Quién complementa a quién, la columna a la noticia, o la noticia a la columna?” Yo contesté a esta difícil pregunta diciendo que la columna era como una nota a pie de página de la noticia, pero elevada por la calidad literaria, y que por eso me parecía que una columna, por su calidad literaria, podía resistir mucho mejor el tiempo que un artículo normal de periódico. Esto último puede parecer evidente, pero hay que explicarlo.

Las columnas, las buenas entrevistas... se recopilan en libros, mientras que el resto del periódico, casi sin excepción, muere en el periódico. Va a las hemerotecas pero no más allá. Además, sospecho que hay un interés creciente por los artículos literarios, como demuestra la magnífica antología *Un siglo en cien artículos*, de Justino Sinova, y las muchas colecciones de artículos que los mejores columnistas y escritores publican.

Por otra parte, todo esto debe ponerse en cuarentena por la aparición de Internet. Sospecho que Internet mantiene vivo el periódico siempre; convierte la red en una

gran hemeroteca siempre al servicio de los lectores. Pero también pienso que Internet no hace más que multiplicar lo que ya había. Me imagino perfectamente a lectores rezagados buscando la columna maravillosa de la que les han hablado, y guardando en sus “Favoritos” ese artículo que ha dado en el clavo de su alma, de su pensamiento, o de su circunstancia.

El tema-problema

Ahora me gustaría explicar el título de este artículo. En *Las palabras de la tribu*, Francisco Umbral cuenta la siguiente anécdota protagonizada por José Ortega y Gasset y Julián Marías. Una vez le dijo Ortega a su discípulo Julián Marías:

-Para usted Unamuno es un tema; para mí es un problema.

Ortega había tenido muchos problemas con Unamuno. Al principio habían tenido una relación un poco de discípulo y maestro, y luego Ortega se independizó. Durante un tiempo en España las dos cabezas más destacadas, en pugna, fueron Unamuno y Ortega. Luego Julián Marías fue discípulo de Ortega, y se interesó mucho por Unamuno, hasta el punto de escribir un libro sobre él. De ahí lo del “tema” y el “problema”. Para Ortega era un problema, un quebradero de cabeza, un rival, y un problema filosófico, por qué no; mientras que para Julián Marías, como le dijo su maestro Ortega, un tema, un motivo para escribir.

Creo que esto es lo que pasa con el tema periodismo-literatura, eterno tema y problema, con la diferencia de que aquí es tema y problema al mismo tiempo.

Desde estudiante en la Facultad de Filología de la Complutense he oído hablar de esto; incluso fui a un curso entero sobre este tema. Con el tiempo pude hablar con Raúl del Pozo, Manuel Vicent o Francisco Umbral, con mayor o menor profundidad, cara a cara, sobre el periodismo y la literatura.

Puedo aburrir con teorías, y de hecho daré algunas, pero lo que más me importa, y lo que más puede interesar, es mi propia experiencia. Soy escritor, columnista y profesor de Periodismo Cultural en IE University. Desde hace años estoy vinculado a periódicos y revistas. Me encanta escribir, y en España una salida muy buena, aunque complicada, para el escritor es la prensa. Supone escribir constantemente, publicar constantemente, si todo va bien, y conocer gente enriquecedora, constantemente. Para mis clases apenas utilizo teorías de otros; vuelco mis experiencias, y sobre todo las conclusiones que he sacado de mis experiencias, en los alumnos, y les pongo a escribir. Les digo que soy como su director, que les manda hacer artículos de viajes, entrevistas, críticas, reportajes... y también les hablo de mi contacto con escritores y periodistas, de cómo hago mis propias columnas de *El Norte de Castilla*.

De mi contacto con escritores-periodistas como Raúl del Pozo y Umbral, me quedó una idea muy clara. Un escritor que habitualmente escribe en prensa constituye otra raza de escritor. Es más ágil, está pendiente de la actualidad y de la vida cotidiana, de la vida del pueblo; es un observador y puede convertirse en un pequeño sabio, o sabio, sin adjetivo, al servicio del pueblo. Umbral decía que el columnista era un pequeño filósofo. Yo creo que puede ser un gran filósofo, dependiendo de su cabeza,

de sus ambiciones y, claro, de sus artículos. Eugenio d'Ors lo fue, flotando en el límite de la levedad del periódico y la pesadez de la ciencia.

Un escritor que habitualmente escribe en prensa, es una persona más abierta, más cercana a la gente; mezcla en su forma de hablar y de escribir los giros del pueblo y las formas literarias. Así ha sido, también, la literatura, la Literatura, en todas las épocas. Pero un escritor que escribe en prensa se mueve, de forma plena, en un terreno fronterizo muy rico entre lo que está pasando en la calle y las páginas de los libros más venerables. Es un portavoz del pueblo. Hace años publiqué un reportaje en *Expansión* sobre la columna titulado “Cuando el escritor toca al lector”, señalando esa capacidad del artículo para llegar al lector, para tocarlo, mucho más fuerte que lo que supone el libro.

Raúl del Pozo está siempre pendiente de la calle –su columna se llama *El ruido de la calle-*, de lo que sucede en todos los círculos de la sociedad, y es un lector enamorado de los clásicos del Siglo de Oro y de los latinos. Umbral bajaba todos los días a Madrid, desde su Dacha, para divertirse y para tomarle el pulso a la ciudad, y cuando no estaba escribiendo estaba leyendo los libros que más le gustaban, fundamentalmente libros ya clásicos del XIX y del XX, sin olvidar el Siglo de Oro, especialmente Quevedo y sus queridos franceses, sobre todo Proust y Baudelaire. Además, era un gran lector de poesía, de todas las épocas. El mejor columnista, me atrevería a decir, mezcla las fuentes más prestigiosas de la literatura de siempre con lo que se está “cociendo” en la sociedad, desde las capas más bajas hasta las más altas, hasta el banquero, el ministro, el presidente o el Rey.

Pero ¿por qué este tema es un problema? A esto se responde con otra pregunta: “¿el periodismo es literatura?” Esto es lo que no sabe contestar nadie, nadie categóricamente, porque parece que es una respuesta condenada al subjetivismo. Es un terreno movedizo, o dos aguas que unas veces se separan, otras se funden y otras se confunden. Yo voy a dar mi respuesta personal, basada en mi experiencia y en mis lecturas, y si eso puede contribuir a crear ciencia me daré por muy satisfecho.

Y la respuesta para mí es fácil: hay periodistas que son escritores y hay otros que no lo son. Y más allá de eso, o más concreto, yo distinguiría dos claves fundamentales para separar una cosa de la otra: la ambición literaria y la calidad literaria.

Hay muchos periodistas que no reparan en hacer literatura o no hacerla, escribir bien o escribir mal, casi siempre porque no saben escribir bien, literariamente hablando. Y porque sus objetivos son otros, más concretamente la información y el análisis. No pretenden hacer literatura porque nunca la han hecho y seguramente nunca la han querido hacer: son periodistas, escriben sobre la actualidad, hacen periodismo. Tampoco han hecho ningún esfuerzo por procurarse una formación literaria; no han leído apenas libros, no tienen apenas cultura literaria, tampoco una gran cultura general. Su trabajo no se lo exige, aunque luego mucha gente se queja de que “los periodistas escriben fatal”. Su cultura es periodística: leen periódicos y revistas y son expertos en la actualidad y en los temas sobre los que escriben.

Los periodistas, me temo, muchos, escriben mal y saben poco. Seguramente lo que un profesor o un escritor llamaría “saber poco”, porque saben de lo que más les interesa, de sus temas: política, deporte, economía... A menudo he oído decir, y a periodistas

—periodistas que escriben libros, claro—, que los periodistas no leen los libros de los que hablan, y tienen razón. Una vez un editor escritor me dijo que él sabía si un periodista que le entrevistaba tenía más de treinta años con una prueba muy sencilla; si se había leído su libro tenía menos de treinta años. Los periodistas no leen apenas, hojean, y se dedican, en gran medida, a hablar de lo que no saben. Pero eso sí, conocen las claves para generalizar, para hablar con gracia, o escribir con más o menos gracia —es más fácil divagar en una tertulia que escribir un buen artículo—, sobre un tema, o un libro, según toque en cada momento. Su gran conocimiento es sobre la actualidad, sobre lo que está pasando en estos momentos, y sobre la actualidad que viene de la actualidad de más atrás, puede que de mucho más atrás. Si lo pensamos bien, la literatura es lo más opuesto a la actualidad: la buena literatura se ocupa de temas permanentes y lo hace con la voluntad de permanencia, permanencia que se la otorga su calidad literaria. Esto si pensamos que la posteridad es justa, artística, estética, literaria.

Yo noto una gran diferencia, en tertulias, en televisión, entre lo que dice un escritor y lo que dice un periodista normal. Cada uno tiene sus fuertes y sus débiles, pero a unos se les nota más y a otros menos. Los escritores tienen una sólida cultura, en general, labrada con el paso de los años, libro a libro, y escribiendo constantemente, que es, entre otras cosas, una forma de fijar lo que uno sabe. Los periodistas se mueven al hilo de la actualidad, opinan de lo que está ocurriendo, pero no aportan una mínima trascendencia. Una buena cultura supone conocer el pasado, por lo menos unas claves fundamentales, y la capacidad para relacionar ese pasado con el presente, al mismo tiempo que permite arrojar hipótesis sobre el futuro. Pero sin duda los periodistas son necesarios, imprescindibles, aunque se podría desear que fueran mayoritariamente más cultos. Porque hay periodistas muy cultos, pero éstos ya se mueven, casualmente, en un terreno muy fronterizo con la literatura, al otro lado de la frontera de los escritores de periódico, pero con un pie posado en ella. El periodista-periodista se preocupa más por saber todo, o casi todo, lo que está ocurriendo, y analizarlo, que por escribirlo. El escritor de periódicos se preocupa por saber sobre lo que está ocurriendo, pero mucho menos; le interesa saber escribirlo de la mejor manera posible, aportando su personalidad.

Yo hablo hoy de escritores que colaboran en prensa, porque es raro encontrar un buen columnista, por ejemplo, o un buen autor de artículos de viajes, que no sea escritor, autor de libros. Los libros dan un gran peso, una experiencia y una ambición, y si uno es capaz de entrar por el fino agujero de aguja del artículo, que supone levedad, amenidad y calidad literaria —buen estilo, buen estilo claro, a mi modo de ver—, eso supone una gran potencia literaria-periodística que el lector acabará agradeciendo. El buen columnista, si no escribe libros, los acaba escribiendo.

Siempre, en arte, en mi opinión, es preferible la gracia a la perfección; pues bien, esto en el periodismo literario es una ley de oro. El que tiene gracia acaba engancharlo al lector día tras día. En cambio, el perfecto puede aburrir día tras día. Hay grandes escritores que no destacan por sus artículos, o estos son de lo peor de su obra. El primer y gran triunfo del columnista, en mi opinión, es que se le lea.

Habría que contabilizar cuántos lectores tiene cada artículo, y los periódicos modernos disponen de medios para saberlo. También sería interesante qué tipo de lecto-

res leen cada artículo, cada autor. En la literatura y el periodismo hay grupos de lectores, gustos, amores y odios, y casi siempre tiene que ver con la formación y los intereses, lo que cada autor y cada texto da, y lo que cada lector pide. Aunque también puede ser algo más visceral, similar a lo que ocurre con los equipos de fútbol. O algo tan natural, repito, como el gusto, o tan moderno y a menudo tan distorsionador como el marketing.

Sin embargo, en este terreno hay autores que interesan a *todo el mundo*, a casi todo el mundo. Como escritor y como periodista aspiro a que me lea el mayor número de gente, pero si no lo consigo me gustaría que me leyera aquéllos de los que podría ser amigo suyo. Ésta es una frase un poco aventurada, pero desde luego no está muy lejos de la realidad. Una vez García Márquez dijo que escribía para que le quisieran más. Yo he reflexionado muchas veces sobre esto y a veces estoy totalmente de acuerdo con García Márquez. Desde luego es una de las razones por las que escribo, porque me hace feliz que algunos puedan quererme más al leerme, porque me hace feliz que me quieran y ojalá todo el mundo me quisiera, algo imposible. Pero sobre todo escribo por vocación, por inclinación natural, por instinto. Es un buen tema para escribir una columna.

Una literatura adaptada

Hay una literatura periodística, que yo llamaría literatura adaptada a los periódicos, “literatura en los periódicos”, y que exige dominar un secreto. Las características del “secreto” son las siguientes:

-Tiene que ser literatura.

-Tiene que ser periodismo.

-Debe tener algún anclaje en la actualidad, aunque yo escribo muchas columnas en *El Norte de Castilla* que apenas lo tienen, o no lo tienen. No es imprescindible, si te lo permiten, pero no es frecuente que te lo permitan.

Escribir en un periódico es un privilegio, entre otras cosas porque estamos ocupando un sitio que no ocupa otro, y hay que ganárselo. Sobre todo hay que ganárselo con calidad y amenidad, pero el escritor sabe que, aunque haga una columna, una entrevista, una crítica o un artículo de viajes, siempre está escribiendo literatura. Porque que eso es lo que quiere hacer, y en eso se ha entrenado desde hace mucho tiempo.

Este tema puede ser difícil de entender para un director de periódico, o para un redactor jefe; por eso no hay que decirlo mucho. El escritor de periódicos acaba encontrando un punto intermedio entre literatura y periodismo, que sobre todo es literatura pero que encaja en un periódico. Por otra parte, podríamos decir que todo lo que se publica en un periódico se convierte en periodismo, aunque sólo sea por el entorno. El periódico es un ecosistema que adapta a sí mismo el texto literario si previamente lo ha aceptado, es decir, publicado. El texto literario se metamorfosea en periodístico, contagiado por ese ecosistema, integrado, y al mismo tiempo, pienso yo, le da al periódico un prestigio, diferente, que no tenía, una calidad, diferente, que no tenía.

Está claro que, salvo contadas ocasiones, no se puede escribir en un estilo poético, florido o excesivamente barroco en el periódico. Pocos se lo pueden permitir, y si

se hace hay que hacerlo sin que se note demasiado, aunque hay honrosas excepciones. El lenguaje periodístico debe contagiar al puramente literario, e, insisto, este cruce es muy favorable para ambos. Yo cada vez veo más en el periódico que más leo, *El Mundo*, en reportajes no sólo literarios, también deportivos, por ejemplo, licencias literarias que antes no veía. Esto enriquece el periódico, bajo mi punto de vista.

Me gustaría ampliar algo que ya he dicho: la *claridad* me parece un rasgo fundamental en el *escritor de periódico*, expresión buena para entender lo que estamos diciendo, o “escritor en el periódico”, como me dijo una vez Samuel Martín Barbero, ya citado aquí, que es más original y me gusta más porque es más exacta. El escritor que escribe en los periódicos, en mi opinión, siempre es más escritor que periodista, aunque sus textos se publiquen en el periódico. Siempre hay un componente que predomina sobre otros, y así nos encontramos con periodistas muy distinguibles, o puros, que publican libros, pero son más periodistas que escritores, o sólo periodistas.

Sobre la claridad: hay que ser claros; si tenemos el privilegio de escribir en un periódico, por lo menos que se nos entienda; y que se nos lea con *placer*. En el fondo lo que damos en la prensa es ese placer. El escritor no da información pura y dura, ni va a solucionar los problemas del lector, aunque a veces lo hace o se acerca, pero eso es secundario; el escritor en un periódico, como en un buen libro, deleita, como decían los clásicos, acompaña. Da literatura y da inteligencia. La inteligencia, que yo creo que desde luego es patrimonio del ser humano, cuando se expresa bien brilla más. Casi todo el mundo lee, en general, para divertirse, y el periódico suele leerlo para informarse, pero ya digo que el *periodista literario*, o escritor en periódico, no da información, da sobre todo placer, atributo de la literatura, y esto va muy unido a las claves que di antes: ambición literaria y calidad literaria.

Aparte de esto, el escritor en periódico, que suele ser columnista, o llegar a ser columnista, disfruta de la adhesión, verdadera amistad, peculiar, de muchos lectores, que le buscan y que incluso pueden llegar a comprar el periódico sólo por él. Ocurre mucho. Estos lectores mantienen con sus columnistas favoritos una relación muy íntima, porque encuentran en ellos lo que no encuentran en el resto del periódico: una personalidad, un carácter, unos problemas, un mundo, un ser humano. Y todo ello desenvuelto en buena prosa, en literatura. Es decir, se encuentran una persona, como ellos, pero que se expresa extraordinariamente, como un profesional de la pluma. Esto sucede con escritores como Antonio Gala, Carmen Rigalt o Manuel Vicent.

El escritor de periódicos puede tener mala fama entre muchos escritores, aunque suele tenerla entre aquellos que no se les da muy bien el artículo, pero el periodismo, con su claridad, síntesis, concreción, puede ayudar a un escritor a llegar a más gente. Aparte de que el periodismo en este mundo de las letras que parece alérgico al dinero, para muchos es la única manera de ganar dinero escribiendo, algo tan sencillo como obtener alguna retribución económica de lo que se escribe. Se habla mucho de “artículos alimenticios”. Esto es fundamental en el periodismo, para el escritor: su carácter práctico. Yo empecé a escribir en prensa para cobrar por lo que escribía. Cuántas veces me dijo Umbral que dirigiera mi carrera, o parte de ella, hacia el periodismo, porque era una muy buena salida para el escritor. Él me veía capacidad para ello y me animaba a colaborar en los periódicos. Siempre he valorado los libros, muy por enci-

ma de los artículos, pero la prensa me ha dado un dinero que los libros han tardado en darme. Y muchas satisfacciones.

Para muchos escritores que se mueven en torno a la torre de marfil de sus escritorios, el escritor de periódico es un escritor menor. A no ser que publique grandes libros. Pero todo esto depende, claro, de quien haga las consideraciones y en qué grupo se mueva. Los columnistas se siguen y se aprecian entre ellos, y los novelistas entre ellos. Y se envidian, y compiten. Unos pueden admirarse y criticarse en un campo abierto a la contradicción. Hay grandes escritores que no saben escribir columnas y grandes columnistas que no saben escribir libros. O unos y otros sí que saben pero les cuesta hacer mucho lo otro. No creo que haya reglas fijas, pero lo que es seguro es que cada género es diferente, tiene sus mecanismos y pide una literatura diferente. Sin embargo, todo es literatura y se puede acertar sobresalientemente en el libro y en el artículo. Vargas Llosa hace muy buenas novelas y también muy buenos artículos, aunque son más densos y largos que las columnas españolas, y Francisco Umbral, considerado por muchos el mejor columnista español del siglo XX, escribió libros magníficos como *Mortal y rosa* o cualquiera de sus ensayos literarios.

El dinero y la literatura

El tema del dinero y la literatura debería estudiarse con más atención, porque es muy interesante y fundamental para comprender muchas cosas, por supuesto para comprender las propias obras. El escritor que quiere vivir de lo que escribe acaba haciendo de todo: da clases, escribe en periódicos, sobre todo tipo de temas, escribe libros, incluso escribe para otros, sin contar los más peregrinos trabajos, jardinero, profesor de tenis... Vargas Llosa fue profesor de Universidad en Inglaterra y en Estados Unidos, y pensaba que siempre se iba a ganar la vida así. En España, y en muchos otros países, imagino, es muy complicado vivir de la pluma.

Muchos escritores tienen en el periódico y las revistas una ventana para asomarse al mundo, y una ventana para que les vean, un escaparate. Algunos se ganan la vida en el periódico, pocos, pero algunos. Otros complementan lo que ganan en el periódico con ingresos distintos.

La mayoría tienen sus trabajos, publican libros y colaboran en periódicos. Muchos son profesores, pero los hay de todas las profesiones. Para escribir en un periódico sólo debería haber una condición: saber escribir y tener los medios para obtener la información, sea la que sea. También es importante, a mi modo de ver, una cultura y un conocimiento, a menudo un conocimiento general, aunque cada vez se prime más la especialización.

La especialización me preocupa, personalmente, porque no soy partidario de ella, o por lo menos no lo soy tal y como lo entiende casi todo el mundo. El concepto actual de especialización es saber mucho de un tema, cada vez más reducido, y muy poco del resto. Yo, que efectivamente me he especializado en varios temas, aunque sólo sea porque para escribir un buen libro hay que hacerlo, siempre he mantenido mi mirada, mi curiosidad, mi interés intelectual, en muchos otros terrenos. Considero que la especialización es buena para muchos campos, quizá para casi todos, pero la literatu-

ra, de nuevo en mi opinión, exige la especialización en ella misma, en escribir lo mejor posible, y luego un buen conocimiento general del mundo, de las emociones, de las ideas, y por supuesto de las técnicas literarias. Ya me parece mucha especialización ser escritor. Pero éste es un tema muy amplio.

En realidad no hay nada más opuesto al columnista literario que la especialización. Luis Carandell decía que el periodista era un “experto en ideas generales”, y me parece preciosa la frase. Hay un tipo de columna que es la llamada “de experto”, es decir, la de un abogado especializado en un tema, o un ingeniero, un entrenador de fútbol, pero ésa no es la columna literaria. El columnista literario suele tener un conocimiento general de todo y una buena pluma, aunque normalmente derive sus columnas hacia la política, porque es lo que prima el periódico y, supuestamente, el interés de la gente. Pero un buen columnista hace una columna sobre cualquier cosa, aportando a su conocimiento general, sus lecturas y un mínimo reciclaje con documentación variada, si lo necesita, que no tiene porqué. Hoy en día, a todo esto ayuda mucho Internet, que nos pone el mundo en la pantalla, aunque con muchas limitaciones. Por otra parte creo que para hacer algo de forma excelente no hace falta centrarse sólo en ese algo.

Truman Capote

En este tema que nos ocupa debo ocuparme de un nombre fundamental, el de Truman Capote, que se dio cuenta de las enormes posibilidades literarias del periodismo. La investigación, la lengua, la concisión, la claridad, la habilidad narrativa... guiadas por la máxima exigencia literaria. Esto ya lo empezó a hacer muy joven. Se servía mucho de la entrevista, y siempre realizaba una investigación, cuidadosa y concienzuda. *A sangre fría* es la culminación de este tipo de literatura.

Me gustaría contar una anécdota que le ocurrió a Capote cuando todavía era muy joven, niño. Se presentó a un premio literario, con once años aproximadamente, y lo ganó, pero le quitaron el premio cuando el jurado se dio cuenta de que el niño Capote se había limitado a contar una historia real, paso a paso, la historia de un vecino. Esta veta, que resultó tan rica, marcaría buena parte de su trayectoria literaria. Yo he utilizado las técnicas de Capote para algún libro, consciente o inconscientemente —en un libro lo primero, en otro lo segundo—, y puedo decir que son muy útiles, productivas. En el fondo no son más que las técnicas periodísticas utilizadas con el fin de hacer literatura.

A sangre fría no deja de ser menos literatura por el hecho de ser una historia real. Y tampoco deja de ser menos novela por el hecho de no ser ficción. Capote lo llamó “novela real”, o “novela de no-ficción”, y el nacimiento de este género que muchos otros han seguido después, entre otros su rival Norman Mailer, después de tanto criticar a Capote por esto mismo, tiene mucho que ver con el periodismo, el periodismo literario, literatura en los periódicos. Todo.

Si el periodismo literario lleva la literatura al periódico, Capote llevó el periódico al libro. *A sangre fría* parece literatura por su carácter narrativo y su calidad estilística, y parece periodismo por tratarse de una historia real y por tener detrás de ella toda

una investigación periodística. Sus herramientas son literarias y periodísticas. Ya nadie diría que *A sangre fría* no es literatura.

Una queja

Yo puedo decir que de todas las columnas que veo en prensa apenas puedo leer un 5 %. Siempre me quedo al principio. Hace años estuve a punto de hacer una antología de columnistas con un profesor norteamericano amigo mío, el Prof. Carlos X. Ardavín, y leí muchas columnas. Me di cuenta de que era muy difícil ser un buen columnista, y de que era muy difícil encontrar una columna buena. Una.

Pero tengo que reconocer que no soy una persona neutral. Llevo años colaborando en prensa y ahora soy columnista de *El Norte de Castilla*. No soy un profesor de Universidad que se limita a observar y juzgar, y no me gusta juzgar; soy parte implicada, escritor de libros y escritor de periódico, modesto, pero lo soy. Me siento muy orgulloso de serlo, porque aunque otorgo la máxima importancia a los libros, y creo que “un escritor escribe libros”, me gusta mucho publicar artículos, me siento más cerca de los lectores y de mi sociedad. Esto para mí es de suma importancia. Por no hablar del placer de escribir columnas, los cien metros lisos de la literatura.

Pero tengo muy claro que son muy pocos los que dominan este arte que parece un don del cielo, aunque siempre hay una explicación para el que es un artista en él. Umbral leyó de muy joven a todos los grandes columnistas de Madrid, una gran generación de articulistas que sin embargo no destacaron tanto por sus libros: Ruano, Foxá, D’Ors... Antes de escribirlas era ya un gran columnista, porque se había formado en ese arte como lector. Para ser columnista hay que tener, digamos, un pensamiento fácil, algunos dirían *light*, una forma fácil de expresarlo. Ideas ligeras, o que lleguen de forma ligera, y redondas, capacidad de relación, don del lenguaje y, como digo, amenidad. Son algunos rasgos, características, pero se podrían dar más para no caer en la simplificación. Pero lo que caracteriza al buen columnista, por encima de todo, es su calidad de escritura, bien adaptada al recuadro del periódico, ágil.

Me gustaría que los lectores de este artículo cuando abran su periódico se acordaran de mis palabras. He procurado mezclar amenidad con reflexión, dos buenas funciones del periodismo y de la literatura.

BIBLIOGRAFÍA

- AMILIBIA, Jesús María: *Atados a la columna*, Madrid, Bellacqua, 2005.
 CAPOTE, Truman: *A sangre fría*, trad. de Fernando Rodríguez, Barcelona: Bruguera, 1979.
 MARTÍNEZ RICO, Eduardo: “Cuando el escritor toca al lector”, 6 de mayo de 2006, *Expansión*, suplemento *Fin de Semana*, p. 14.
 SINOVA, Justino: *Un siglo en cien artículos*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.
 UMBRAL, Francisco: *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Planeta, 1994.
Atados a la columna